

Teté Blanco

*Algunos apuntes  
en torno a las  
malditas  
herratas*



a se hace necesario emprender una investigación en Cuba acerca de los problemas que se están presentando en el sistema de elaboración del libro, donde la errata sobresale como la punta del iceberg.

La errata, que no es más que un error humano que perpetra la persona que teclea un texto — sea el culpable la mecanógrafa, el antiguo linotipista o el omnipresente autor —, tiene sus niveles de gravedad y es preciso distinguir entre aquellas que no hacen perder inteligibilidad a la palabra donde se encuentra ni al contexto — incluso, si el lector no es avezado en pescar erratas: a veces ni siquiera se percata de ellas —, y las otras de más relieve que afectan al sentido de lo que se quiso decir originalmente y pueden dar un cambio de 360 grados al significado general de una oración o de un texto. Estas delimitaciones, si bien pueden ser precisadas, no se justifican, pero hay que conocer las causas que las provocan.

Habría que empezar por estudiar las condiciones en las que hoy llega un original a la editorial: en general, es el propio autor quien ha tecleado su libro de poemas o su novela o ensayo. En muchas ocasiones, las citas no han sido cotejadas por él por diversas razones, ya sean de tiempo o de confianza en su memoria. Si el editor no es muy riguroso o también está urgido por un cronograma apretado, el riesgo de estar a punto de despenñarse por el barranco de las erratas aumenta considerablemente en el trabajo de ese original. Aquí entra el factor tiempo, una constante que de ahora en adelante sobresaldrá en el análisis de

la punta del iceberg, o el hilo que conduce al ovillo o meollo de la cuestión.

La violación de los antiguos pasos o flujo de trabajo con el original, desde la terminación redaccional y editorial hasta su llegada a la poligrafía (original, galeras, primeras pruebas de planas, segundas o corrección de correcciones), conducen al error. Es decir, la omisión o la forma en la que se revisan estos procesos propician que aquella primera falla humana que no vio el corrector ni tampoco el redactor o el editor, se deslice subrepticamente en las planas.

Otro aspecto a tener en cuenta en este análisis es la formación de todos los que participan en la elaboración del libro. La nómina comienza por el autor, pasa por el editor, el corrector, y de nuevo y finalmente por el editor. Hay que incluir al técnico poligráfico que en muchas ocasiones descubre una maldita errata que le salta a la vista. Sería bueno que en un estudio como este participaran psicólogos, profesionales del aprovechamiento y rendimiento laboral, para que opinen sobre el momento de saturación de un especialista cuando lleva leyendo equis horas (más de ocho) y la probabilidad cada vez mayor de que inconscientemente deje pasar un error, es decir, una maldita errata. (Y sólo tengo en cuenta la errata; no hablo de las estructuras gramaticales, de los problemas que entran en el campo de la redacción.)

La formación de nuevos editores o de personas que aspiran a serlo debe incluir el desarrollo de lo que en cualquier tipo de actividad humana se llama olfato, sentido de inminencia de un posible error. Si se trabaja con formas de una lengua que no se maneja, es menester comprobar cada palabra, es decir, ser un tanto desconfiado y verificar esa forma, por ejemplo: ortográficamente. Esto es válido para todos: autor, introductor del texto, corrector, editor. La maldita errata acecha en cualquier lugar.

Sería bueno que una investigación de este tipo se preguntara acerca de lo que se entiende por un buen libro. Se oye a menudo decir que un libro es bueno porque no tiene erratas. Un libro es bueno por sus ideas. Las erratas no deben afean las ideas, pero su valor radica en algo que está por encima de una correcta disposición de grafemas que forman las palabras que, a su vez, conforman el texto. Cuántas veces no se ven libros muy mal editados y sólo tienen dos o ninguna errata. Ese no es el punto

de la cuestión. Se está considerando una buena edición cuando no hay erratas, y no se aprecia la importancia que tiene la jerarquización de los elementos componentes del libro. Este tema compete también al diseñador y es parte fundamental de un libro; sin embargo, corresponde a la masa del iceberg, que no se ve. Pero debería saberse ver por parte del lector y de aquellos que opinan de la relación *errata=calidad única de la edición*.

La formación, la cultura, unida al respeto del flujo de trabajo, son haces componentes del cuidado de la edición que no puede ceñirse a caducas «reglas» que son inoperantes en la tecnología actual. El sistema no puede funcionar con eficiencia si algunas de sus partes marchan sin coordinación con respecto a las otras. Es más, si hoy se ven tantos desatinos es porque el eslabón más débil de esta cadena está en la pérdida de autoridad del editor; de manera que importa sobremanera investigar a fondo esta situación tan triste. Si se evalúa su labor sólo por la punta del iceberg y no por el valor total de su masa —es decir, por su desempeño junto al autor—, será muy difícil, incluso, motivar a nuevos aspirantes a estarse horas y horas leyendo, buscando, indagando entre los autores, intercambiando ideas con otros profesionales. Más bien, se siembra en el sistema del libro un buen nicho de nuevas erratas, incluidas aquellas nacidas con las nuevas tecnologías, que las hay. Porque la errata es maldita, pero *heterna*: sencillamente humana ●

A vertical line is drawn on the page. To the right of the line, there is a handwritten mark that looks like a stylized 'a' or 'e' with a dot above it, and below that, a more complex scribble that could be interpreted as 'oona' or similar. A solid black circle is positioned to the right of the top of the vertical line.

# MUESTRA DE ABREVIATURAS PALEOGRÁFICAS

	jurisdicción
	justicias
	maestro
	Magstad
	mando
	manera
	maravedis
	Martín
	menos